

NI APOCALIPTICOS NI INTEGRADOS

(Seis paradojas discutibles)

Martín Hopenhayn

Primera paradoja: cuanto más se ventila la confusión más se recalienta la miseria.

Ya es casi tedioso señalar los efectos que generan en el clima cultural vigente el impacto tecnológico, la globalización del mercado, el desmantelamiento del socialismo real y del Real Socialismo, la falta de alternativas cautivantes de desarrollo, la masificación segmentada, etc., etc. En la película de los desencantados campea una especie de confusión "cool", refrigerada a fuerza de trasladarse de las vísceras al discurso. En cuanto a los apocalípticos, éstos perdieron el prestigio que les daba el "ardor de la crítica" frente al statu quo, y los pocos que quedan son tildados por sus ex compañeros de viaje de dramáticos, espesos, obsesivos o simplemente desubicados. Desenlace tragicómico y conocido: el pensamiento negativo ya no moviliza estudiantes y ha quedado atrapado en libros bien empastados, casi de colección, y a precios inaccesibles.

En la otra cara de la misma moneda los utopistas corren una suerte similar: a lo más que pueden aspirar en la opinión pública "ilustrada" es a simulacros de interlocución. Hoy por hoy, invocaciones como el "despliegue universal de las potencialidades humanas" se atribuyen más a la dimensión de la

retórica que de la esperanza, de la histeria que de la historia.

Quienes observan a los pocos apocalípticos y utopistas como si fueran un remanente de anacrónicos crónicos, asumen la falta de claridad frente a los procesos que regulan el mundo casi como un dato más: una confusión incorporada al organismo y en vías de digestión. Algo de cinismo habrá en ello, sin llegar a ser escandaloso.

Pero este desencanto templado no reduce el volumen de miserables ni refrigera la hoguera en que se carbonizan. Mientras la confusión se ventila, la miseria sigue recalentándose. Marginalidad urbana, deterioro rural, distribución regresiva del ingreso, informalidad sostenida, son categorías que no tienen nada de anacrónicas, y que conviven, sin diluirse, con las de "complejidad estocástica", "procesos multivariados", "planificación de la incertidumbre", "ventajas comparativas", discontinuidades virtuosas y viciosas. Aquellas realidades ominosas que daban fuerza al discurso de los apocalípticos están más candentes que nunca y, paradójicamente, el discurso que las invoca suena poco actualizado. Esto puede tener mil explicaciones, pero una cosa parece irrefutable y sintomática: que mientras la confusión es asumida con displicencia creciente, la miseria sube su temperatura.

Segunda paradoja: ahora resulta que la integración desintegra.

Probablemente toda forma efectiva de integración social haya generado en su momento alguna dosis de desintegración. Pero más allá de esta posible "ley de la naturaleza", ahora la situación es desconcertante: los dispositivos de integración adquirieron una velocidad, simultaneidad y cobertura que en veinte años se han multiplicado exponencialmente; y a la vez sus efectos de desintegración llevan el mismo ritmo y la misma exhaustividad.

Esto puede tomarse benévolamente, argumentando que la integración segmentada es la solución para sostener sociedades de masas que no sacrifiquen su moderno apetito de individualidad. Esta perspectiva posmoderna sería éticamente sostenible en un orden postindustrial donde la fragmentación cultural descansa plácidamente sobre un orden político democrático y estable, un seguro de desempleo con ingresos aceptables, y un status de ciudadanía para todos. Pero esto ni siquiera ocurre en la gran mayoría de las llamadas sociedades opulentas, donde los problemas "menores" son cada vez "mayores".

Para los más privados de acceso podría quedar el consuelo de que, dada la velocidad y la segmentación, ya nadie se integra del todo. Para los desencantados, el consuelo de que la integración ya no tiene una connotación valórica clara ni una utopía en germen, y que lo mejor es no hacerse expectativas. Pero más allá de estas justificaciones emerge un fenómeno insoslayable: nunca antes hubo mayor concurrencia de opciones de integración (vía revolución de las comunicaciones, ampliación de mercados,

interconexión global, intercambio cultural); y nunca antes hubo, tampoco, mayor desintegración: llámese crisis del desarrollo, frustración de expectativas de movilidad social, brechas de productividad, atomización con desmovilización de masas, pérdida de referentes colectivos, o desdibujamiento del futuro. La escandalosa tesis de los antipsiquiatras, según la cual la esquizofrenia es una producción social, cobra una nueva figura. Al menos como metáfora de este doble movimiento.

Tercera paradoja: La acumulación como sincronía.

Varios hechos cambiaron sustancialmente la imagen industrial de la acumulación en que ésta se asociaba a procesos constantes y continuos de inversión productiva. Uno es el auge del capital financiero y su primacía sobre el capital productivo con el boom de los petrodólares en los 70. Otro es el papel vertiginoso, decisivo y caprichoso de las innovaciones tecnológicas para la supervivencia y expansión de las grandes empresas. Otro es la subordinación de la racionalidad económica a las ventajas comparativas dinámicas en un orden mercantil globalizado, asumido como intrínsecamente inestable y aleatorio.

Estos tres fenómenos son sólo parte de la arquitectura de una paradoja que puede formularse del siguiente modo: cuánto más nos desconectamos del pasado, más ágiles son nuestras posibilidades de acumulación. El self-made man se parece cada vez más al jugador de póker: en lugar de la voluntad de acumulación, el manejo de combinaciones simultáneas para el juego

que se tiene en la mano. El mayor capital es estar íntegramente enchufado al movimiento de capitales a nuestro alrededor. Más que inversiones, operaciones y hasta juegos. Más que un incremento en la serie, su diversificación. La adaptación como fórmula de la persistencia. En esto comulgan el empresario próspero de un país rico con el informal urbano de un país pobre, aunque con suertes distintas. (¿Quién habla ya del amor por el oficio, el orgullo por la fábrica, la calidad por la tradición de un producto? Tal vez algunos productores de buen vino.)

Todos los días se crean y clausuran millones de resortes para saltar a la opulencia y de trampas para caer en la quiebra. La continuidad más rentable es la continua sincronía con este fenómeno. La información precisa y ligera vale más que el acero. Esto no sólo en materia de inversiones económicas: al menos en un sentido analógico la nueva razón sincrónica permea la política, la estética, y hasta los vínculos con los demás. Primacía de la hoguera de las vanidades sobre los poemas humanos, de la alianza oportuna sobre la propuesta estratégica, de la galería sobre el museo. Sólo lo efímero trasciende. Para progresar, mejor borrar las pisadas previas sin nostalgia, o con una nostalgia leve y risueña.

Ciertamente, hay algo de atractivo en la idea de que aprender es desaprender, en la invitación de contemporaneidad, en la vitalidad del olvido. ¿ Pero es ésta la levedad que reivindicamos como estética para la vida?

Cuarta paradoja: Tanta sed de proyecto y tan poca metafísica para fundamentar la acción.

No es fácil pensar hoy día un concepto de acción que nos proporcione un sustrato verosímil para trascender hacia el mundo o volver a concebirnos como "sujetos de la historia". La pérdida de repertorio viene de múltiples flancos. Veamos sólo algunos ejemplos.

i) La matriz hegeliana, en virtud de la cual podíamos reconocernos y completarnos progresivamente mediante el reconocimiento de un mundo que nosotros íbamos completando y mejorando progresivamente, no parece sostenible: el mundo ahora parece completándose siempre desde otros, y descompletándose para nosotros mismos. La discontinuidad, tanto en nuestro modo de articularnos como en la realidad misma, hace difícil apropiarse de la idea misma de síntesis entre el sujeto y la historia. No me refiero sólo al mentado colapso del socialismo, sino también al mentado peso de fuerzas que regulan el orden mundial y que, desde ese orden mundial, regulan también los órdenes locales: hablese de impacto tecnológico, mercado, transnacionalización de la cultura. ¿Podríamos acaso remotamente sentirnos artífices en alguna de estas fuerzas, responsables de sus efectos, o incluso modestos dialectizadores? La nueva lógica neutraliza, pero también seduce: intervenir ya no es subvertir sino combinar.

ii) Respecto de la matriz guevarista, obrerista, fanonista: ¿Quién puede arrojarse ahora resueltamente en la proclama de la acción anti-colonial, anti-imperialista, anti-

burguesa, sabiendo que estos modelos de "lucha consecuente" resultan apenas cinematográficos? El único ejemplo actual de confrontación real con el orden mundial se llama Hussein. Sólo allí se ha visto, en los últimos años, una negación del Norte y el Occidente con impacto real global, pero bajo el sello de una irracionalidad que nos revuelve el estómago y de una violencia mesiánica que huele a holocausto. ¿Estaríamos dispuestos a asumir este único modelo real como propio?

iii) Y en cuanto a la matriz de la acción radical, donde la negación del mundo corre pareja con nuestra redención personal: la reivindicación del reventado, del bombero loco, del saltimbanqui, del anti-urbano, despiertan ahora más curiosidad que identificación. Artaud, Burroughs, Hendrix y cía. no son modelos de imitación sino, a lo sumo, objetos de estudio.

¿ De qué modelo de acción apropiarnos, entonces, si queremos preservar la idea de que en la acción hay algo que va más allá de su inmanencia y de su contingencia ? ¿ Dónde puede encontrarse hoy, en relación a cualquiera de las matrices recién señaladas, una acción ejemplar que permita reivindicar, épica o líricamente, la acción misma como manifestación de un sentido que la rebasa? Y curiosamente, seguimos habitando un mundo -y un discurso- hiperkinético que busca justificarse en la acción y donde la palabra "proyecto" se repite como un mantra de siglo XX. El homo faber nos habita más que nunca, pero mordiéndose la cola.

Quinta paradoja: En busca de la centralidad de lo

periférico.

Frente a esta crisis de modelos de acción, integraciones que desintegran, acumulación sin pasado, confusión ventilada y miseria caliente, la imagen de una revolución posible también parece desplazarse: se prefigura cada vez menos en el centro del futuro y cada vez más en la periferia del presente. No tanto porque hace mucho quedó refutada la tesis de que el capitalismo empezaría a derrumbarse en los países industrializados antes que en los nuestros. Sino porque ahora la imagen de una revolución posible también tiene la marca de la sincronía: busca plasmar en mundos simultáneos, liberar brechas de utopía en los márgenes de un orden general inaceptable, sea postindustrial, industrial o pre-industrial. Esta imagen de cambio cualitativo no pretende cristalizar en un futuro que niegue el presente, sino en intersticios que rompan la heterogénea-homogeneidad del todo.

En esta tónica de órdenes contiguos, algunos exaltan la racionalidad de un mundo vagamente definido como "popular", situado en la periferia de las ciudades de países no desarrollados y también en los sectores rurales tradicionales, y que niega la racionalidad dominante sin disolverla ni invertir su hegemonía : me refiero a la "cultura otra" de la pobreza, con sus valores de solidaridad, reciprocidad, y sentido mágico de la existencia.

Otros prefieren apostar por creaciones culturales cuyo rasgo significativo es su viscosidad. Deudores inconfesados de Benjamin o de Adorno, se la juegan por espacios irrecuperables

para la lógica del mercado de bienes culturales o para la sensibilidad imperante: arte-gesto, "instalaciones" o "intervenciones" fugaces en el hueso cotidiano y en la piel de las ciudades. Fragmentos de una estética violentamente autorreferida, que decide casi tribalmente sus propios códigos para interpretarse, haciéndose indigerible para quienes no forman parte de la tribu.

Otros apuestan resolutivamente por el cambio personal en filones de esoterismo que a su vez también tienen un carácter sincrónico: el Tarot, el I Ching, la meditación, la astrología, las piedras rúnicas, la biodanza, lo "jungiano", el tai-chi, no parecen excluyentes sino que confluyen en una mentalidad "otra". No se trata de adscribirse a una escuela o tradición única, sino de encontrar, en esa vasta oferta de opciones de búsqueda, la combinación más adecuada para conjurar, en el plano personal, todo el peso de la alienación social.

En estas opciones no hay marginalidad heroica, sino una coexistencia indisoluble, poblada de síntesis espúreas y ad hoc: lo "otro" convive con lo "mismo". No se aspira a derribar las estructuras del sistema, sino de establecer autonomías relativas respecto de ellas. Lo revolucionario deja de ser pensado como grandes cambios en el tiempo para reconocerse como pequeños y significativos cambios en el espacio. Versiones contrabandeadas de la razón sincrónica: la "exoterización del esoterismo", el repliegue tribal entre los pliegues de esta urbanidad extrovertida de fin de siglo; el largo viaje del génesis al

apocalipsis comprimido en experiencias cotidianas, plegado a esa "otra realidad" periférica donde lo precario se exagera y se conjura día a día. El graffiti, el ritual de brujas o la comunidad de base coinciden en su provisoriedad y en esta relampagueante abundancia en la escasez. Lo alternativo se anuncia en lugares delgados, huecos finos, desórdenes tibios, donde el alcance simbólico ya es casi suficiente.

¿ Pero para quién, para cuántos?

Sexta paradoja: Para ser consecuente nada mejor que empezar siendo inconsecuente.

En medio de estas paradojas -de las cuales no estoy exentanteo fórmulas heterodoxas, busco en el lenguaje otras tantas expresiones paradójales para tratar de inventarme un fundamento para la acción, un "vínculo otro" con el mundo, o al menos un esbozo de actitud. Barajo aleaciones retóricas que tienen más ingenio que eficacia, y así hago ambiguas referencias a un desencanto fecundo, una resignación amenazante, una sana ironía, una inconsistencia subvertida. En fin: nada que pueda pensarse como nuevo cimiento para acciones universalizables.

Puede que el escepticismo sea la dieta de la inteligencia, pero no debiera ser la inteligencia misma. Permanecer allí demasiado tiempo podría convertirse en un lamentable exceso de consistencia, una nueva forma de obesidad. Tal vez mejor buscar otra forma de consistencia en este temple sincrónico de la contemporaneidad donde nada es demasiado consistente. Parece una

contradicción, y seguramente lo es.

Pero no se trata de renunciar a la esperanza de otra forma de integración, ni a la posibilidad de una acción cuyo sentido transformador refuerce nuestras fantasías de mundo; sino de reconocer, en primer lugar, que esas fantasías todavía tienen que redefinirse y que, al mismo tiempo, no podemos suspender toda acción mientras procesamos dicha redefinición. Para ser consecuentes, tal vez haya que sumergirse en una decidida inconsecuencia: celebrar esta orfandad de relatos comprensivos y visitar sin prejuicio algunos relatos parciales que aunque no nos convencen del todo, pueden ser parte de un itinerario cuyo destino, claro está, es incierto. ¿Por qué no explorar en los intersticios de la política, en el esoterismo y su voluptuosidad de sentidos, en la acción simbólica, en la cultura popular, en las intuiciones sugerentes, en la revuelta espasmódica, en las economías de los perdedores, en el hermetismo de tribus vernáculas y posmodernas, en la pasión, en la conversación intimista? ¿Y por qué no hacerlo con curiosidad infantil, con desvergonzada vitalidad? ¿Por qué no aventurarse a hacer un poco de literatura con el entorno y con la propia biografía, aunque sólo sea para volver a barajar las cartas?

Ni apocalípticos ni integrados.